

CHUBUT

*(...) pero me endiosa el pecho inexplicable
un júbilo secreto. Al fin me encuentro
con mi destino sudamericano.*

J. L. Borges

Cerro Dos Picos, 1977.

Jorge Fierro prendió la hoguera. Era engorroso trabajar el pedernal con poca luz, pero tras varios conatos frustrados lo logró. Colocó un soporte de metal en torno al fuego, y depositó en él una 'pava' de acero con agua; a punto de hervir, vertió un poco en el mate, introdujo una bombilla de alpaca y bebió. Eran las seis de la mañana en el Cerro Dos Pico, y el cielo empezaba a clarear.

Jorge Fierro, carpintero de ascendencia gaucha, tenía 63 años y estaba allí por su hija Dalma, universitaria y "desaparecida" desde unos días antes. En su pueblo, Lago Puelo, había corrido el rumor de que a los presos de la dictadura, o bien los arrojaban al océano desde un avión, o bien los encerraban en calabozos clandestinos; en concreto, un antiguo contacto de Fierro en la policía le informó de que a muchos disidentes del Chubut los recluían en un gran establo en el Lago Menéndez, 70 kilómetros al sur de Lago Puelo. Tanto a Fierro como a Laura Acosta, su mujer y madre de Dalma, no les quedó más opción que aferrarse a ello.

Al calor de la lumbre, Jorge Fierro desayunó una manzana con varias frambuesas; después comprobó en el mapa que, de seguir el rumbo, en un margen de dos o tres horas debería haber llegado al Lago Menéndez, 25 kilómetros al sur de su posición. Pero no debía demorarse, por lo que recogió el vivaque y amarró los bártulos a Burdeo, su caballo criollo, para emprender la marcha. Como sus ancestros, vestía un poncho de guarda

marrón y una chiripá raída con un facón sujeto al cinto. A esas horas, cuando el rocío cubría a la estepa, Fierro podía distinguir perfectamente su propio vaho.

Durante el primer tramo de camino, lo único audible fueron los cascos de Burdeo resonando contra el pasto. Las araucarias, espigadas y dejadas crecer, se contaban por decenas; los guanacos y los zorros iban y venían; las nubes encapotaban el azul. Con las cejas fruncidas y la mirada absorta, Jorge Fierro ni siquiera se inmutó cuando empezó a llover; en silencio, elucubraba los posibles escenarios: «¿sería cierto que ahí encarcelaban a los presos, que estaría Dalma? ¿Qué decirle a los guardias?»

Cuando llevaba un par de horas cabalgando, entró en un bosque de vegetación espesa y lleno de arrayanes, con un follaje tan tupido que apenas podía verse el cielo. Siguió un sendero que, según su brújula, dirigía hacia el sur y en el que hubo de atravesar varios arroyos con poco caudal. Llegado el momento, el horizonte empezó a clarear, y conforme Fierro se aproximaba al final del bosque fue descubriendo un vasto lago azul con un detalle en la lejanía: en una de las riberas se alzaba una construcción con una cubierta a dos aguas. Tenso, dirigió hacia allí a Burdeo, que avanzó pisando con decisión. Conforme iba acercándose, pudo distinguir a dos guardias en el porche franqueando la entrada, con dos fusiles sobre una mesa:

—Buen día, ¿qué se te perdió por acá, viejo? —le espetó de malas formas uno de los guardias con bigote prominente.

—Vengo buscando a mi hija, Dalma, tiene 19 años —respondió Jorge Fierro.

—Acá no hay ninguna Dalma ni Dalmo... ¿Y quién sos vos, viejo? Ándate por donde viniste, dale —intervino con desgana el segundo guardia, más joven y repeinado con gomina.

—Ustedes no me entienden, vengo buscando a mi hija, que no hizo nada y se la llevaron presa...

—Dale, dejá de joder, boludo. Acá se tratan asuntos de la Patria —le interrumpió el guardia bigotudo—. Volvé por donde viniste y no armés quilombo, que si no te metemos preso a vos. Dale.

Fierro contempló a los guardias durante unos segundos; descendió del caballo y aclaró su voz:

—Miren, yo no quiero quilombo. Llevo tres días a caballo y acampando a la intemperie para poder ver a mi hija. Si es así, si está acá, por favor, déjenme verla para saber que está bien.

—No te lo vuelvo a repetir, viejo...

El bigotudo no pudo acabar la frase, ya que, muy veloz, Jorge Fierro desenvainó y arrojó su facón a la pierna izquierda del gendarme, ensartándole de lleno el cuádriceps. Mientras éste se afligía arrodillado, el engominado trató de coger uno de los fusiles, algo que Fierro impidió abalanzándose con fuerza sobre él; ambos se enzarzaron, empujándose contra la pared y propinando puñetazos, a la cara o al vientre sin contemplación. No obstante, el guardia engominado era muy fuerte, demasiado para fajarse con él. En un momento de la pelea, Fierro notó un golpe seco en el rostro; asustado, lo siguiente que pudieron ver sus ojos fue el cañón de un fusil oprimiendo su frente, y tras el gatillo los ojos del guardia bigotudo, ya recompuesto; entró en parálisis, y en aquella duda el guardia engominado aprovechó para tomar el otro fusil y asestarle un golpe en la testa, desplomándolo inconsciente.

Horas después, Jorge Fierro se despertó en un pequeño habitáculo sin apenas luz, sobre restos de paja. Lentamente, se incorporó del suelo y fue a mirar a través de una rejilla inserta en la pared. Podía distinguir un pasillo, y enfrente, a la misma altura, otras estructuras de rejilla como la suya. De pronto, empezó a gritar:

—¡Dalma, Dalma! ¿Podés oírme?

—Ya está otra vez el viejo —le espetó una voz—. Cállese, la puta madre.

—¡Dalma, Dalma!

—Le he dicho que se calle, carajo —replicó la misma voz, que ahora acercándose permitió a Fierro reconocer como la del guardia con bigote—. Martín, agarrá el látigo.

—¡Papá, Papá! —respondió por fin la ansiada voz de Dalma—. ¡Estoy acá, Papá!

—¡Dalma, hija mía! Te voy a sacar de acá, me cueste la vida si es necesario.

En ese momento, los guardias irrumpieron en el habitáculo de Fierro, y sin mediar palabra comenzaron a golpearle e infundir latigazos; como pudo, se arrojó al suelo en posición fetal para atenuar los embates. A lo lejos, el llanto de Dalma no cesaba, rota, implorando por su viejo.

La paliza se alargó durante unos minutos. Pero a pesar de ello, cuando quedó solo, con sus magulladuras, la piel ensangrentada y la mirada perdida, le fue inevitable esbozar una sonrisa... Dalma estaba viva, y eso era lo único importante. Incorporándose como pudo, doliéndole cada costilla, cada sílaba, arrancó a gritarle a la pared:

—Saldremos, Dalma, cueste lo que cueste. —Embravecido, empezó a cantar—:

Maldigo la solitaria figura de la bandera...

En ese mismo instante, en el pequeño Lago Puelo, en la misma provincia del Chubut pero a muchos kilómetros de distancia, Laura Acosta, la mamá de Dalma, terminaba de amarrar algunos víveres a la montura de Nimeria, la yegua hermana de Burdeo. Iba a partir cuanto antes. Llevaba días sin saber de su marido, y menos aún de su hija; y, como no podía ser de otra manera, no iba a quedarse de brazos cruzados.